

mo sin abrigo ni consuelo,—su decadencia no se interrumpía, y ya era tarde para cauterizar la herida por la cual se vaciaba á raudales la sangre de sus venas.

Ved ahí la obra de imprevisión y de indiferencia del señor Bucareli.

El territorio de Misiones es hoy un desierto. La República Argentina, lo he dicho en otra ocasión, estraña treinta ciudades industriales, arrasadas en su territorio, y por lo menos, medio millón de ciudadanos laboriosos, hábiles en la agricultura y en las artes, iniciados en la educación, y de los cuales nos han privado causas, que Carlos III se reservó en su *ánimo real*; y otras que palpitan, señores, porque á la ausencia de tino y de patriotismo del reformador Bucareli, debemos esa obra nefanda, terminada por los caudillos, que hubieran sido impotentes sin la degradación de los guaraníes, para arrasar pueblos, que ya habían fulgurado brillantes rayos de gloria sobre la bandera de las Provincias Unidas.

Yo creo, señores, en la capacidad de todas las razas para la civilización: creo principalmente en la de los hermanos Oberá y Yapuguay, y creo en el destino providencial de todos los pueblos del mundo.—Treinta ciudades, repito, y medio millón de ciudadanos: un pueblo y una fuerza, han sido ahogados en el Plata por aquel desastre sin compensación. España quiso ponerse á la moda, y cometió un nuevo desierto. Sus agentes fueron verdugos: demolieron y no supieron

reedificar. Fué necesario que un americano, en cuyo corazón residía el hogar vivo del patriotismo, y que miraba el destino de las colonias con esos presentimientos de la inmortalidad, que glorifican al padre con la esperanza de los hijos, fué necesario, digo, que Juan José Vertiz viniera á gobernar el Plata para que el país se resarciera del cataclismo y sus funestas consecuencias. He notado de intento lo que perdíamos con las Misiones. A esa costa compramos, señores, nuestros primeros establecimientos de beneficencia, nuestros primeros estudios razonables, nuestra primera imprenta, y el decoro de nuestra ciudad capital. De aquí surgió el nervio popular, y con él la libertad. La debemos, señores, á nuestra sangre y á nuestro martirio.

## IV

Don Juan José de Vertiz se recibió de la capitánía general del Río de la Plata, el 25 de Agosto de 1770.—Este personaje venía á ponerse á la cabeza de la política colonial en estas regiones, ligado á la suerte de los americanos con vínculos mucho más estrechos que los peninsulares, sin afecto ni arraigo en el Nuevo Mundo. Había nacido en Méjico, y los nobles instintos de la raza humana hablan siempre bajo el tupido cendal de las preocupaciones corrientes.—En medio de los graves contratiempos que perturbaron la paz, durante su primer gobierno, lo encontraremos,

perseverante en imprimir un nuevo giro á la administración pública, iniciando la política franca y genuina, si puede decirse así, cuyo apogeo hemos de contemplar más tarde al encontrarlo al frente del virreinato.

La cuestión de las Malvinas nos llamará la atención desde luego.

En 1766 el gobierno español las había rescatado por una suma que pasaba de dos millones de reales, de los cuales pagó Buenos Aires más de la mitad, de poder de la Compañía francesa, que representada por el capitán Bougainville, había fundado allí dos años antes un establecimiento para la pesca de la ballena. En el mismo año los ingleses fundaron una colonia, denominada Puerto Egmont, desalojada al aproximarse para exigirlo una expedición enviada por el gobernador Bucareli á las órdenes del capitán Madariaga.—Las reclamaciones diplomáticas, entabladas por la Inglaterra, amendentaron á Carlos III, y entre ambas cortes arreglaron satisfacciones mutuas, que consistían en la devolución de puerto Egmont á los ingleses, quienes lo evacuarían espontáneamente, después de haber satisfecho su vanidad, tomando posesión de dominios que reconocían ajenos, por el hecho de ofrecer su abandono.

El señor Vertiz recibió orden de formalizar la entrega, que se verificó en 1771.

Tres años después los ingleses desalojaron el puerto.

La amenaza inminente de una guerra entre Es-

paña é Inglaterra, á la cual estaba ligada con vivos intereses la monarquía portuguesa, alentó á los colonos del Brasil á proseguir con vigor sus hostilidades en el territorio oriental del Plata, sin esquivar los medios de más palpitante inmoralidad, entre los cuales resaltan sus alianzas con los bárbaros <sup>(1)</sup>, que lanzaron al pillaje.

Una brillante campaña dirigida personalmente por el general en 1773, arrolló los invasores tras de sus fronteras del Yacuy, levantando en la antes opulenta estancia de Santa Tecla, una fortaleza, destinada á contenerlos en sus ulteriores irrupciones.

La aproximación de refuerzos considerables, enviados bajo el mando del coronel Veiga Cabral en apoyo del enemigo, le obligó á replegarse para defender el Río Grande, que dejó bajo la vigilancia del coronel Tejada.

El doctor Funes, seriamente informado de estos acontecimientos, señala la infidencia de la corte de Portugal, que á fin de adormecer la resistencia, entabló relaciones con el gabinete de Madrid, en tanto que sus colonos no cejaban un día en las irrupciones de la Banda Oriental, y preparaban una fuerte expedición al mando del teniente general Böhn, que debía reconcentrar sus fuerzas en Río Grande.

El general Vertiz vigilaba, no obstante, y en Noviembre de 1775 ordenaba al gobernador de

(1) Tomo mis datos de la correspondencia original de Vertiz.— (Archivo de Buenos Aires).

Misiones, que estuviera en constante defensa de sus territorios <sup>(1)</sup>.

El 28 de Febrero de 1776 pusieron sitio á Santa Tecla, cuyo jefe, don Luis Ramirez, capituló el 25 de Marzo, antes que una expedición, enviada en su auxilio á las órdenes de don Francisco Piera, pudiera socorrerlo, y se retiró, ordenando el señor Vertiz, que se reconcentrara la defensa en Misiones, amenazadas de ser agredidas por el montonero Pintos Bandeira. Entre tanto, el general Böhn había tomado por asalto los fuertes de Trinidad y Santa Bárbara, mientras el gobernador pedía auxilios á las provincias de Corrientes y Paraguay y se esforzaba por rechazar la invasión; y el señor Zavala, gobernador de las Misiones, hacía rogativas por el pronto arribo del ejército, que á las ordenes de don Pedro Zevallos debía venir á salvar el Río de la Plata de crímenes, contra los cuales se estrellaba la diplomacia peninsular.

En el año próximo llegó en efecto, y con su venida, se cerró la época de la dispersión provincial, para dar á las colonias del Plata la unidad del virreinato.

La intervención dada por la Audiencia de Charcas á los Cabildos Tucumanos en la administración de la sisa, á causa de los escandalosos delitos de peculado con que en este ramo y

(1). M. S. Borrador del señor Vertiz, en el Archivo de Buenos Aires. Están también originales las contestaciones correspondientes.

el del secuestro de bienes de la Compañía de Jesús, arrastraron á juicio al gobernador Campero, tenía aquella provincia en la más viva excitación y la más odiosa anarquía. En este volcán de turbulencias no menos peligrosas por su miseria, acertó á agitar las pasiones el nombramiento para gobernar la provincia, recaído á solicitud suya en el rico comerciante de Buenos Aires don Jerónimo Matorras, que se comprometió á pacificar á su costa las tribus del Chaco, obligándose por una fianza de 50.000 patacones.

Los cordobeses, celosos de que subiera á tan alto puesto un hombre sin títulos, y ajeno al círculo sagrado, resistieron su instalación, que tuvo lugar, á pesar de todo, en 1769. La expedición al Chaco, emprendida en religioso cumplimiento de sus compromisos, fracasó por los descuerpos de la dirección, y murió el gobernador en 1775.—Estas rastreras discordias encontraron en el señor Vertiz su más perseverante apaciguador.

Tampoco descuidaba el general la eterna cuestión de las fronteras, y con este motivo, deseoso de presentar á la corte un informe acertado sobre tan ardua materia, convocó en Tucumán una asamblea compuesta de diputados de todas las ciudades, que se reunieron en Salta en 1776.—Este cabildo general, debía dar su dictamen acerca del restablecimiento de las encomiendas, propuesto por Campero, y sobre el cual pedía la corte el del señor Vertiz. No sólo presenta el bello espectáculo de la solidaridad comunal, sino además la

del excelente rumbo que tomó, rechazando sin vacilar el único proyecto de resucitar una institución muerta, y execrada por todo hombre en cuyo cerebro chispeará el sentido de la moral.

En medio de las variadas emergencias, que acababan la perseverante atención de Vertiz, parece haber estado fijo en su mente el propósito de dignificar la colonia, iniciado entonces y desenvuelto más tarde en su segundo gobierno. Señalo, señores, su progresista tendencia, patentizada en el proyecto con que en 1771 se empeñó por comprometer al Cabildo de Buenos Aires en la construcción de un muelle delante de la ciudad, á fin de evitar los gastos y trabajos requeridos para transportar las mercaderías desde el Riachuelo, único punto de desembarco habilitado entonces; y facilitar al comercio de los ríos, que á trueque de economizarse iguales ó mayores peripecias, en los transportes de la plaza al Río de las Conchas, aflúa generalmente á Santa Fe. El Cabildo se plegó de buena voluntad á tan importante pensamiento, pero causas ajenas al arbitrio de sus oficiales, impidió realizarlo entonces.

Llamé antes vuestra atención sobre un fenómeno que me cautiva en el gobierno de Vertiz. Fué necesario, dije, que un americano viniera á compensar á las colonias de las funestas consecuencias, que consigo traía la obra demoledora de don Francisco Bucareli. Personalizo el cargo en él, porque Carlos III al decretar el secuestro de las temporalidades jesuíticas, ordenó que se

fomentara con ellas la instrucción pública en el Nuevo Mundo. Bucareli dejó inactiva, á pesar de todo, la suma de recursos, que la expulsión ponía en manos del gobierno.

La ciudad de Buenos Aires tomaba vuelo entonces, y contaba en su seno con elementos individuales de ilustración.

Muchos de sus hijos educados en Córdoba ó en Charcas, habían perfeccionado su espíritu con la reflexión, que desenvolvía su inteligencia, y el pasto que se procuraban devorando en la vigilia solitaria las páginas robadas á la vigilancia de los gobiernos retrógrados.

Así en 1769 el Cabildo y el obispo habían suplicado al rey, que ordenara la inversión de las temporalidades en establecimientos públicos, donde pudieran educarse los colonos en las artes liberales.

¿Era aquello, señores, un arranque efímero, emanado de impresiones superficiales? ¿Era hijo de una convicción arraigada en el destino de los pueblos, que cuentan en sus hombres y en sus luces, en su carácter y en sus costumbres, con la fuerza que exige la responsabilidad del gobierno propio, de la independencia y de la libertad?

¿Era un vago presentimiento, una aspiración instintiva de la raza, deprimida por la vanidad del europeo, hacia la rivalidad, hacia la supremacía? No me aventuraré, señores, en la complaciente atmósfera de las hipótesis. Sólo una cosa, sé; que era aquello las primeras germinaciones de la vida popular: que el alma de

Buenos Aires se abría á las esperanzas, y comenzaba á arder en su seno la febril inquietud del niño que toca los lindes de la juventud, el movimiento apenas perceptible pero constante de la flor que se desenvuelve y está próxima á romper su broche: lo sé, señores, porque las sociedades enervadas no aspiran á la verdad y á la luz, y lo sé también, porque creo en Dios y en el progreso.

Vertiz, y ved ahí su gloria, se entregó á la propagación de estos destellos que tan ampliamente habían de reflejar sobre la posteridad y sobre el continente. En 1772, se puso de acuerdo con la junta central de las temporalidades, y decretó la fundación en el antiguo colegio de los jesuitas, de la casa de *Reales Estudios*, perfeccionada después, pero que desde luego sirvió de base á la disciplina intelectual de aquella generación, que supo leer el destino de los pueblos, y colocar en su camino la nacionalidad argentina, preparando y consumando la revolución de 1810.

La primitiva fundación se redujo á un plan estrecho, que no abarcaba sino los más indispensables estudios eclesiásticos; pero con motivo de la consulta hecha por Vertiz al Cabildo, quedó formulado por la mano del porteño Basavilbaso un plan de estudios universitarios, en que daba cabida á la jurisprudencia.

Así este ilustre compatriota como el Cabildo eclesiástico de la diócesis, se pronunciaron entonces contra la preocupación retrógrada, que proscribía las ciencias naturales, y contra la for-

ma aristotélica en los estudios filosóficos, que viciaba el vigor del espíritu y la imponente majestad de la ciencia con el método inductivo, que debilita la evidencia.

La observación toma como por asalto la verdad y conserva al entendimiento la plenitud de sus fuerzas y á la ciencia todo su majestuoso encanto.

Así lo entendían ya los consultores criollos del general Vertiz. Permitidme, señores, que á tal hecho, producido en Buenos Aires, colonia española á mediados del siglo pasado, lo llame un portento y lo salude como síntoma envanecedor del ingenio argentino y del incremento, que comenzaba á adquirir en lucha con la perseverancia de la metrópoli para cerrarle los caminos del adelante, que recién entonces cejaba á duras penas y con avaras restricciones.

A la cabeza de los Reales Estudios colocó Vertiz al canónigo don Juan Baltazar Maciel, argentino también, á quien como á todos sus paisanos, fomentaba el magistrado americano. Si la metrópoli hubiera hecho á los colonos árbitros de sí mismos, cuán diversa hubiera sido la lastimosa historia de nuestros tiempos antiguos!—Saavedra contiene el brazo del maloquero: siempre que á un ayuntamiento le tocaba resolver una crisis, el éxito respondía de su acierto; convocados los tucumanos ante la amenaza de resucitar las encomiendas, alzan indignados el grito de la moral, protestando contra el delito elevado en la ley á la cumbre de la conciencia social: Vertiz

abre colegios: los criollos los dirigen, los aman, los perfeccionan, y no sólo claman por la luz de la ciencia, sino que además pronuncian la abrogación bien inspirada de las escuelas viejas, exigiendo á la suerte y al trabajo alas para volar en la clara corriente de sus esperanzas. La prosperidad de los pueblos es inherente á su soberanía. Buenos Aires parece adivinarlo, y el desarrollo intelectual de sus hijos, acerca á grandes pasos, el día feliz en que lo comprenda. ¡Ay! entonces de los tiranos, de los refractarios y de los apóstatas! ¡Ay! de los que dicen blasfemias de la justicia, y á la verdad: no te conozco!—¡Ay! de los que niegan la democracia y apedrean á sus profetas! Cuando los pueblos se levantan, rehabilitando su soberanía con la espada de las revoluciones, ruedan al impulso de su prepotencia vencedora los tronos que la avergüenzan, los malvados que la azotan, y los necios que duermen y sonríen.—Rompía en las sombras del misterio, el genio profético de la historia, las negras piedras del baluarte..... porque, al ensayar sus bríos el espíritu del hombre argentino iba á encontrar amigo el aire luminoso del progreso, y nuevas revelaciones lo atraerían al amor celoso y fecundo de la soberanía propia, y una vez rasgado el velo, ¿quién contiene el tumulto desbordante de las cóleras burladas, de las pasiones comprimidas? ¿quién aterra al león entre las selvas?—Nadie esclaviza los pueblos inundados por la pasión de la libertad.—Nadie, jamás, si ese pueblo abriga, sobre todo, el arrogante coraje que ha escrito des-

de el Plata hasta el Rimac el testamento de la gloria sud americana, batiendo sus estandartes entre las nubes, donde jamás agitó los aires sino el ala de las águilas y el suspiro de los poetas.— Este pueblo comenzaba, allí donde comenzó á pensar!—¿Qué buscas, criollo, qué buscas al lado del noble magistrado, que abre las puertas de las escuelas?... ¿Buscas la luz?... Espérala, porque Dios está contigo: porque Dios es la justicia.... Espérala, pobre colono, y trabaja y llora: tú te llamarás mañana Mariano Moreno: habrá en el inmenso calendario de la gloria una fecha.... 25 de Mayo!, y el mundo exclamará gozoso un día: *¡Al gran pueblo argentino, salud!*